

EL DILEMA FRANCÉS

Germà Bel

(Publicado en La Vanguardia, 28 de julio de 2015)

Si en algún país se han dado grandes paradojas durante la gestión de resultado del NO en el referéndum griego ha sido Francia. Su gobierno, y el presidente de la República, han hecho grandes esfuerzos para evitar la salida de Grecia del Euro, en lo quizás influyó que el rescate de la banca privada en Grecia había beneficiado sobre todo intereses franceses, mientras que en Alemania, Italia y España los riesgos asumidos por los contribuyentes en el rescate superan los perjuicios evitados por sus bancos en Grecia. Francia también el país donde más potentes fueron las reacciones favorables al NO griego. Se felicitaban tanto el grupo más votado en las últimas elecciones europeas, el ultraderechista Frente Nacional de Marine Le Pen, como el Frente de Izquierdas, liderado por el Partido Comunista Francés, y colega de grupo con Izquierda Unida y Podemos en Parlamento Europeo. Tiene lógica que tanto la extrema derecha como la extrema izquierda expresaran durante el proceso griego que lo coherente con el NO era que Grecia abandonara el Euro, pues veían en ello un hito en la demolición de la moneda única y un gran paso para recuperar políticas económicas estrictamente nacionales.

Francia es un magma de contradicciones económicas. La economía aún disfruta las rentas de un pasado esplendor industrial y tecnológico, pero está anclada en unas estructuras rígidas que impiden hacer las reformas que exige el mundo actual, si se quiere mantener el país abierto. El gasto público ha sido la medicina aplicada sistemáticamente a los males franceses en las últimas décadas; en 2014 tuvo un déficit público del 4% del PIB, superior a la media europea, y una deuda pública del 95% del PIB, a la altura de España. El estado francés gasta un 57% del PIB, sólo superado por Finlandia en 2014 en la UE. Claro que Finlandia y los otros países escandinavos tienen una deuda pública muy inferior a la francesa. Y los escandinavos presentan mucho mejores resultados en prestación de servicios públicos y en cohesión social. También Alemania, cuyo estado gasta un 44% del PIB, mucho menos que en Francia, pero presenta mejores indicadores de cohesión social. No se sorprendan; buena parte del gasto público en Francia (y España) beneficia a sectores económicos bien instalados, por lo que no mejora la cohesión social.

El gobierno francés intenta ahora impulsar la flexibilización de la economía, pero enfrenta grandes dificultades. Por un lado, la oposición a derecha e izquierda del espectro político; y también dentro del propio Partido Socialista, imbuido de tradición intervencionista. Por otro, y aún más grave, la perplejidad del electorado propio; en la campaña presidencial Hollande anunciaba políticas opuestas a las que ahora intentan aplicar. En general, este es el principal obstáculo a las reformas estructurales en los sistemas democráticos: la pérdida de legitimidad de los dirigentes y partidos que ganan elecciones proponiendo unas políticas y aplican las contrarias una vez en el gobierno. Es un mal muy generalizado en el sur de Europa, y no está nada claro que se haya tomado nota.